

Capítulo 24 - - Luces Pálidas

- Capítulo 24 - - Luces Pálidas

Capítulo 24 - - Luces Pálidas

“¿Y qué?”

Vanesa frunció el ceño mientras observaba los papeles con los mecanismos de la puerta dibujados, hurgando distraídamente en el borde de su herida en el ojo perdido. Maryam era hábil con el carbón.

“No se trata de una cerradura,” dijo el relojero. “Es demasiado compleja para eso. Que sea una máquina no está en duda, pero la forma de la maquinaria me confunde.”

Tristán, agazapado a su lado, tarareó mientras miraba los papeles. También había revisado los dibujos de Maryam, pero no obtuvo mucho. Era un cerrajero, aquello estaba a varias millas de su especialidad.

“¿Por qué?”

La anciana se inclinó apoyándose en sus muletas, dejando escapar un pequeño jadeo de dolor, y señaló las losetas metálicas sobre el centro de la puerta.

“¿Las ves?” dijo. “Su alrededor está lleno de engranajes que solo se moverían si presionamos las losetas, similar a una cerradura de combinación elaborada, pero esa sección no conecta con la mayoría de los mecanismos en el resto de la puerta.”

“Entonces, ¿no estamos viendo todo el mecanismo?” aventuró.

“Casi con certeza,” respondió ella. “Creo que, bajo toda la distracción, la puerta se comprende mejor como tres círculos concéntricos.”

Ella volvió a tocar las losetas.

“Primero esta sección, cuyas losetas requerirán ser presionadas.”

Luego dibujó un dedo en una forma ovalada vertical confusa alrededor de las losetas.

“Luego esta zona, que tiene la mayoría de las partes móviles pero ningún disparador o propósito obvio — supongo que se conecta con algo invisible, quizás un motor etéreo.”

Para terminar, dibujó un círculo que engullía la mayor parte de la puerta, cerca de los bordes.

“Terminamos con un amplio anillo que lleva una estructura circular subyacente. Debería poder hacerla girar cuando comprenda qué la hace mover,” reflexionó Vanesa. “No es un rompecabezas, Tristan, porque la maquinaria claramente está diseñada para tener un movimiento continuo. Pero tampoco es como un reloj: no parece usar una unidad fija de medición.”

“¿Y si tuviera que adivinar qué hacen los mecanismos, todos en conjunto?” presionó Tristan.

“Lo que decidan esas losetas,” respondió Vanesa sin pestañear, moviendo su dedo nuevamente hacia ellas. “Más allá no sabría decir sin examinar las partes ocultas.”

Hizo una pausa.

“Si me prestas a Sarai como ojos y piernas,” agregó Vanesa, “creo que podría averiguar el propósito del anillo exterior. Es después de eso donde probablemente llegaremos a un callejón sin salida.”

“Preguntaré ella,” dijo Tristan. “Y en cuanto al callejón sin salida, déjame a mí.”

Ya comenzaba a planear cómo escalar en el pilar, ingresando por esa abertura que había visto anoche. Las partes ocultas que pensaba Vanesa debían estar allí. Un movimiento llamó su atención, revelando que Maryam y Francho habían regresado de su caminata tardía a los templos, así que se separó de la anciana. Encontró a Maryam a mitad de camino, mientras la vieja profesora seguía adelante, dejando a ambos atrás.

“¿Algún problema?” preguntó.

“No hay alma alguna fuera, todos están en el laberinto,” le respondió Maryam. “Era bastante seguro, aunque sería prudente no dejarlo ir sin escolta.”

“De acuerdo,” dijo Tristan. “Y gracias.”

“Es un hombre interesante y conversador,” encogió de hombros ella. “No fue ninguna molestia.”

“Gracias de todos modos,” afirmó el ladrón. “Vanesa contaría con tu ayuda, si estás dispuesto a prestarla.”

“¿Progreso en la puerta?” preguntó Maryam.

“Ella cree que, con tu ayuda, podría haber avances,” dijo Tristan. “Aunque quizás sea necesario que me adentre en algunos rincones sombríos antes de obtener todas las respuestas, creo.”

“Trabajo acorde con tu naturaleza,” señaló la mujer de ojos azules con sequedad. “Eres un astuto cauteloso, Tristan.”

“Eso es muy desconsiderado de tu parte,” respondió con gravedad.

Un silencio.

“Me tomó años aprender esas maneras tan excelentes de deslizarse, no menosprecies mi esfuerzo.”

Los labios de Maryam se contrajeron ligeramente, igual que los de él. Se separaron sin necesidad de más palabras, rozándose los codos al caminar en direcciones opuestas. Francho, parecía cansado pero radiante, había conseguido un vaso de agua y lo bebía con diligencia en uno de los mesas de la cocina. Tristan se le unió.

“Ves en un buen estado de ánimo,” observó el ladrón.

“He encontrado respuestas,” dijo el profesor. “Eso siempre es algo positivo.”

“Y también tienes oídos dispuestos, si deseas compartir algo,” replicó Tristan con facilidad.

El anciano asintió, con los ojos brillantes.

“Como sospechábamos, joven amigo, fueron los Antediluvianos quienes construyeron este lugar,” afirmó Francho. “Es decir, las partes más antiguas de él.”

“ La puerta de hierro y la columna,” adivinó Tristan.

Y la gran máquina dorada que se eleva sobre él, aunque eso no admitía duda alguna. ¿Quién más podría haber fabricado algo así? El anciano asintió, bebiendo de su vaso.

“Mi sorpresa,” confesó el profesor, “fue descubrir que quienes construyeron el laberinto y la fortaleza no fueron los hombres.”

El ladrón inhaló con rapidez.

“¿Quieres decir que la Vigilancia no aportó todos estos santuarios?”

“Oh no,” sonrió el viejo sin dientes. “Esto es mucho más antiguo que los Pactos Iscariotes — por ejemplo, el santuario adornado con una cabeza de león fue traído aquí en lo que creo fue el Siglo de la Pérdida.”

Tristan contó mentalmente. Los Pactos se firmaron en 81 de Acero, por lo que sumaban todos los años de la Pérdida y las Coronas encima de esos ochenta y uno. Casi tres siglos desde una fecha que ya tiene más de tres siglos de antigüedad. La frente del ladrón se levantó.

“¿Construyeron esto los oscuros?” preguntó.

No era imposible, supuso. Los vacíos no carecían de la capacidad de crear obras magníficas, aunque generalmente estaban décadas — e incluso más— atrás de las grandes potencias de Vespero. El Siglo de la Pérdida no fue mucho después del colapso del Segundo Imperio, todavía tendrían algunos viejos maravillas.

“Esto fue construido por demonios,” corrigió Francho.

Este tosió con fuerza, dejando a Tristan con el sinsabor de lo que acababa de escuchar.

¿Demonios? Estaban a meses en barco de Pandemonium, y aunque el Infierno no era el único

hogar de sus congéneres, Pandemonium era su única ciudad. Pero entonces, ¿el laberinto no fue destinado a ser habitado, verdad? Solo era una especie de puesto avanzado, algo que no era inusual.

“¿Tanto la fortaleza como el laberinto?”

“La fortaleza en conjunto, por lo que puedo entender, pero el laberinto es obra de siglos,” afirmó Francho.

“Y después, la Vigilancia se hizo cargo de ello,” murmuró Tristan. “¿Por qué? ¿Por qué construir este lugar y después apropiárselo?”

“Una cuestión fascinante,” dijo con entusiasmo el viejo profesor. “No puedo distinguir voces de demonios tan claramente como las de los hombres, especialmente las de los jóvenes, pero creo que más viajes al laberinto nos darán algunas respuestas.”

“Recibiré noticias de lo que yace más profundo en su interior de uno de nuestros amigos,” dijo Tristan, asintiendo distraídamente. “Eso también será de utilidad.”

“Espero con interés esa información,” dijo Francho con alegría.

Dejó al anciano descansar en paz.

Aún faltarían horas para que regresaran los equipos del laberinto, pero Tristan no tenía tiempo para perder el encargo. Tenía planes para esta noche, pero para que fueran factibles primero necesitaba investigar el Casco Antiguo. Los guardas negros generalmente se mostraban renuentes a dejarlo subir a las Murallas, pero tras algo de persuasión, un sargento le permitió bajo escolta durante uno o dos minutos. No había llegado aún a las áreas vedadas del castillo —los cuarteles, el depósito de suministros y la bastión del noroeste—, pero ahora tenía una idea bastante clara de desde dónde mirarían las patrullas en las murallas.

Había varios ángulos muertos, si se coordinaba bien, lo cual podía hacer. Esa era la desventaja de patrullar llevando linternas, cualquiera podía verlo venir.

Llegar a las escaleras de la bastión no debería ser tan difícil, considerando los rincones y grietas en los que ya había logrado esconderse, pero una vez en las escaleras sería complicado. Siempre había un guardia en la muralla sobre ellas, y aunque lograra escalar hasta el bastión, allí no habría refugio: podría ser visto desde cualquier parte del castillo. Lo acostumbrado era apagar las linternas para evitarlo, pero esta no era la Murk, ni estos eran merodeadores aburridos en la calle: si apagaba una linterna, la Guardia iría a investigar. Además, no hay forma de que suba por esa cuerda rápidamente sin que le detecten.

Y eso era un problema, porque justo allí debería subir.

“Haz una distracción,” sugirió Fortuna. “Como un incendio.”

“Siempre estás sugiriendo incendios,” se quejó. “¿De quién eres la diosa, así?”

“La segunda en la lista de ladrones,” replicó la Dama de las Probabilidades Esquivas con agravio.

Tristan fingió recibir una flecha en el pecho, lo que provocó la carcajada de ella. Su plan no funcionaría por la misma razón que apagar las linternas, estas eran profesionales, y si él causaba un desastre, la sección del castillo que querían mantener oculta sería la primera en ser asegurada. Sin embargo, su sugerencia era útil, de una forma que había aprendido a cultivar desde niño: siempre considerar lo opuesto a lo que Fortuna aconsejaba. Entonces, en lugar de ‘Haz ruido usando la escalera’, pensaría en ‘Avanza en silencio sin usar la escalera’.

Miró el pilar, luego tragó saliva.

“Pareces un poco enfermo,” observó Fortuna.

“¿Recuerdas cuando asaltamos esa imprenta que se había encerrado?” susurró, fingiendo bostezar.

Dioses, ese olor. Nunca lo olvidaría. La diosa de ojos dorados parecía llena de júbilo.

“Casi te desmayas trepando a la gárgola en la torre,” recordó Fortuna con deleite.

“Será peor esto,” suspiró Tristan.

Examinar más de cerca el inmenso pilar en el que estaba la puerta solo confirmó sus temores. Al rascarlo con un cuchillo, vio que la superficie parecía perfectamente lisa solo porque las piedras estaban cubiertas con una capa delgada del yeso del Primer Imperio que no se descomponía, igual que en los Baños Alfonsinos del Casco Antiguo, que permanecían intactos sin importar cuántas veces tenían que limpiar las pintadas. Era una buena noticia, porque ese yeso antiguo no era más duro que las imitaciones que Vesper había inventado desde entonces. Al rasgar el piedra debajo, encontró que las uniones casi perfectas tenían un pequeño margen de movimiento.

Quizá solo con martillos de pared y algunas púas sería suficiente. El problema residiría en cómo conseguir las sin que pareciera sospechoso. Se dirigió a buscar a Sargento Mandisa, la alta Malani encargada del cuidado de los que pasaban la prueba, pero ella no se encontraba por ningún lado. Cuando preguntó a un vigilante, se encontró siendo llevado ante su superior. El teniente Wen comía de nuevo, con una especie de bastón de carne seca que incluso los perfectos dientes blancos de Tianxi parecían esforzarse por morder.

—No voy a compartir, así que deja de mirar—le espetó el teniente con franqueza—. ¿Qué deseas con Mandisa?

—Me gustaría revisar los suministros—dijo Tristan.

El teniente echó un vistazo a su ropa: una túnica negra de manga larga que terminaba por encima de las rodillas, pantalones del mismo color y botas de la Guardia de uso estándar— y levantó una ceja. Era muy evidente que Tristan ya había echado un vistazo.

—¿Cómo te llamas?—preguntó el teniente Wen.

—Tristan.

Un destello de reconocimiento brilló en los oscuros ojos de Tianxi.

—Sabes—dijo el corpulento hombre, ajustándose las gafas—, cuando ingresé en la Guardia, el debate del día era si la Krypteia debería integrarse en la Academia.

La mayor de los Círculos, sabía Tristan. La Academia entrenaba a los oficiales, los Estripes, que no eran tan místicos o emocionantes como los Navegantes o los Militares, pero que resultaban mucho más útiles para gestionar algo tan extenso como la Guardia.

—¿Por qué?—preguntó.

Al fin y al cabo, él también había sido invitado.

—Porque hay casi tantos Estripes como personas en todos los otros Círculos combinados, mientras que la Krypteia es, con mucho, la más pequeña—explicó el teniente Wen de manera indiferente—. Además, también era un asunto de prestigio: hay dos gremios en la Casa Gremial y tres sociedades en el Colegio. ¿Por qué no podría la sección de Estripes formar un segundo Círculo bajo la bandera de la Academia?

El gran Tianxi sonrió.

—Eso llegó al punto en que discutían cuál sería el nuevo nombre para los Estripes, ya que no formarían toda la Academia, antes de que empezaran a salir escándalos.

Tristan se contenía para no sonreír. Predecible.

—Resulta que esos oficiales estaban desviando fondos del Concilio, contratando a escondidas o teniendo relaciones indebidas con alguien—dijo Wen—. Cada uno de ellos. Es curioso, ¿no? Pensar que al menos uno sería limpio.

—La vida está llena de coincidencias—comentó el ladrón con indiferencia.

—Eso y tumbas poco profundas—sonrió el teniente—. Investigando en los archivos del Nido del Rook, descubrí que esto sucede aproximadamente cada cincuenta años, o así—la Academia empieza a hacer ruidos, aparecen escándalos y accidentes.

Tristan parpadeó.

—¿Y no han considerado simplemente... detenerse?—preguntó lentamente.

—Creo que ahora es un animal demasiado grande para aprender,—respondió el teniente Wen—. Las Máscaras solo cortan una de las cabezas de la hidra cada vez, y las otras siguen mordiendo. Pero ese no es el punto de esta pequeña historia.

—Estoy toda oídos—dijo el ladrón.

—El asunto es que Krypteia siempre ha sido un grupo de astutos cabronazos, que no duda en traicionar a sus hermanos y hermanas en la oscuridad, incluso cuando no lo merecen—dijo el Tianxi fríamente—. Y si lo que estás haciendo perjudica a alguno de los míos, encontraré la forma de mantenerte despierto y con vida, mientras clavamos nuestros cientos de clavos en tu cuerpo, uno por uno.

El teniente con gafas tocó con un dedo justo entre las cejas, aún sonriendo.

—Pop,—dijo Wen,—uno a uno, Tristan.

Tianxi examinó su rostro, cuidadosamente manteniendo una expresión neutra, y luego asintió con satisfacción.

—Bueno —dijo—. Ahora hagamos una revisión de esas provisiones.

El depósito era casi idéntico al que había visto la última vez: la mitad era un arsenal de los Guardianes, con uniformes y armas incluidos, y el resto, montones de armas y prendas de los que habían caído en las pruebas. Los capuchas negras no parecían tener martillos de pared —lo cual no sorprende, considerando que ese equipo era usado principalmente por exploradores y ladrones—, pero Tristan tomó de su stock un par de guantes de cuero que le quedaron perfectamente. Luego, revisó las pertenencias de los fallecidos mientras el teniente Wen, con apatía, seguía luchando con su charqui. Aunque encontró un martillo, era demasiado grande. Más un martillo de guerra que uno de trabajo.

Había, sin embargo, un piolet de guerra en un montón con cuero de jinete. Un poco pesado, pero tenía las partes correctas —pico y martillo— y por su cortísima longitud de mango, fue forjado para alguien más bajo que él. Serviría.

—¿Terminaste? —preguntó el teniente Wen.

—Terminé —mentió Tristan.

--

Su fragua estaba a la intemperie y su terreno se usaba más para cortar madera que para trabajar el hierro, por lo que no fue difícil esperar a que los guardias y patrullas distrajeran su atención, y conseguir algunas cosas. Un martillo pequeño, mucho más sencillo de manejar, y un conjunto de doce grandes tornillos de acero que probablemente servían como repuesto para el horno. Lo escondió en uno de los baluartes en ruinas.

--

A medida que la tarde se extendía hacia el anochecer y Tristan terminaba su siesta, las cuadrillas comenzaron a regresar.

Tupoc Xical fue el primero, con buen humor. Volvieron caminando con paso seguro y sin ninguna baja, solo con cortes en la pierna de Felis, los cuales el mismo se jactaba de haber obtenido

durante la prueba de un dios. Dos vencedores, afirmaban: Felis y Tupoc, cada uno habiendo superado una prueba. Maryam se quedó con Lan para escuchar un informe, y se enteró de que su grupo había tomado el Santuario de la Serpiente. La prueba de ese dios, que consistía en cruzar una habitación llena de serpientes, fue superada cuando Tupoc atravesó sin inmutarse y sin preocuparse por las mordidas que recibió en varias ocasiones. Lan verificó y no encontró más que sudor en su piel, sin señales de mordeduras.

Eso, pensó Tristan, parecía un contrato bastante problemático.

Luego, el equipo pasó gran parte de la tarde rompiendo una cripta sin protección divina, usando el martillo de Ocotlán para derribar paredes de yeso. Los condujo a una especie de gran arena, llena de armas ridículas, donde esperaba otra prueba, aparentemente un simple enfrentamiento de fuerza contra un oso, pero en realidad una especie de acertijo —Felis, que resultó ser aficionado a estos desafíos, —mató" al oso con un abanico de papel cuyo nombre puede significar también panal de miel. Se cortó en la pierna al acercarse, aunque fue superficial. Lan pensó que ya había tenido suficiente suerte al conocer el enigma y afirmó que Felis había sido insoportable desde entonces.

Llegaron a un punto muerto en su avance cuando se enfrentaron a una elección entre un puente roto y un templo cuyo desafío era demasiado brutal —un dios que les exigía jugar algún tipo de juego de azar, donde cada pérdida significaría perder un dedo o un dedo del pie. Ahora estaban preparando equipo, cuerdas y ganchos, para intentar cruzar el puente roto al día siguiente.

La tripulación bajo el mando de los Ramayans tropezó unas horas después, agotada y cubierta de heridas. Ishaan Nair tenía una cortada que le deformaba, subiendo desde los labios, Ferranda Villazur cojeaba con una pierna vendada, los rostros de Brun y Acanthe enrojecidos como si hubieran estado demasiado cerca de las llamas, y Yong había sido despojado de su coleta, su cabello caía en desorden desigual. Solo Shalini Goel parecía ilesa, aunque al menos no parecían haber perdido a nadie. Tristan se sentó con Yong para recibir el informe.

“El Santuario del León fue bastante sencillo,” le explicó Yong. “Uno de nosotros debía afrontar un circuito de diez duelos contra sombras de bestias cada vez mayores, y podía retirarse, pero solo a costa de una pinta de sangre. Goel se movió con soltura, resolviendo casi todos los combates en las primeras respiraciones. Nunca vi a alguien tan rápido con pistolas.”

Otro contrato probable.

“¿Y después?”

Yong hizo una mueca de disgusto.

“Encontramos un atajo, un estrecho paso elevado que se extendía por medio kilómetro,” dijo. “Sin barandillas y muy alto, pero no tan difícil si tomábamos nuestro tiempo. Solo que era más viejo de lo que pensábamos.”

“Se desplomó,” supuso Tristan.

“Tuvimos suerte,” suspiró el Tianxi, asintiendo en señal de confirmación. “Caímos en el agua, en una especie de canal poco profundo, y el único herido fue Ferranda. Seguimos la corriente, ya que iba en la dirección correcta, pero nos llevó a una cascada frente a hornos.”

“Brun y Acanthe Phos parecen quemados,” comentó Tristan.

“Una lengua de fuego se deslizó, estuvo a punto de alcanzarlos cuando miraban por el borde de la cascada,” explicó Yong. “Era un callejón sin salida, así que tuvimos que volver contra la corriente. El canal era alimentado por un desagüe de tormenta, así que subimos por allí y llegamos a una encrucijada con cuatro santuarios.”

El hombre de cabello oscuro respiró profundamente.

“Acordamos que primero debíamos asegurar una vía de retorno, así que probamos la que dirigía de regreso hacia el Antiguo Fuerte,” explicó Yong. “Parecía bastante sencilla: una prueba de destreza con láminas de péndulo para evitarlas y salir del otro extremo de la habitación. Los términos eran generosos, incluso—sin apuesta con linterna, pero debía ser al menos dos de nosotros los que afrontáramos la prueba.”

“Tú y Ishaan,” dijo el ladrón.

Yong asintió con fuerza en señal de acuerdo.

“Fue una trampa,” afirmó. “La cámara empezó a girar, y salieron más cuchillas de las paredes contrarias. Nada más grande que un ratón podía atravesar esa habitación sin perder extremidades, y eso con tantas partes en movimiento. Incluso salir nos cortó.”

“¿Y cómo regresaron?” preguntó.

“Superamos el santuario, subiendo por sus costados,” explicó Yong. “Lo cual ofendió al dios: desplomó el techo de su santuario. Quien hubiera sido dos latidos más rápido habría matado a Ferranda.”

Habían vuelto al Antiguo Fuerte después de eso, detalló el Tianxi, evitando hacer más pruebas. Esto implicaba largos y agotadores rodeos que aún más minaban el ánimo de todos. Con tantas heridas y solo un vencedor para mostrar, su primer día no parecía un éxito. El espíritu del equipo Ramayan se encontraba decaído, y permaneció así mientras curaban sus heridas y planeaban la expedición del día siguiente, mientras Felis paseaba, presumiendo en voz alta de su ingenio por haber superado la prueba.

Solo cuando Angharad Tredegar regresó cargando un cadáver, la perspectiva cambió por completo.

Inyoni Duma había sido desuella por algún tipo de arma cortante de gran tamaño, a juzgar por la herida, y su sobrino herido caminaba al borde de la agonía. Sus ojos estaban enrojecidos y el brillo en ellos era salvaje, ansioso por descargar su furia en algo. Aunque Tristan quería averiguar qué había ocurrido con su tripulación, la expresión de Zenzele Duma le advertía que se abstuviera. Sus

instintos se confirmaron cuando, en apenas media hora, los Malani terminaron estrellando la cara de Felis después de que el hombre se jactara de manera demasiado burlona. Fueron separados por sus respectivos tripulantes, pero el ladrón decidió mantenerse alejado.

El único ángulo desde el cual podía intentar obtener información sobre esa tripulación era Yaretzi, y no se arriesgaría sin antes entenderla mejor.

Quizá consciente de que el rumbo del día no ayudaba a fortalecer la posición de su tripulación, Shalini evitó acercarse a él en la cena para ofrecerle su incorporación. Tristan se sentó con los demás que preferían no arriesgarse, prestando sólo atención parcial a la conversación mientras observaba las corrientes subterráneas de la mesa. La presencia de un cadáver traído a la nave había tensado algo el ambiente en la tripulación de Ramayan, aunque todavía seguía siendo precario. Irónicamente, la propia tripulación de Tredegar parecía más unida que la de ellos. Sea cual fuera la causa de la muerte, no parecía haber sacudido su fe en los Pereduri.

En cuanto a Tupoc, sus victorias inconfundibles respaldaban su posición. Su tripulación ya parecía menos esperando al patíbulo y, aunque el propio Izcalli aún tenía mala reputación, los demás bajo su mando ya no eran tratados como portadores de la peste. Tristan pensó que esa tensa tregua no duraría si la racha de éxitos se rompía, pero si continuaba... Era algo que había que vigilar. Después de la comida y algunas conversaciones discretas entre las tripulaciones, la mayoría se dirigió a descansar. Había sido un día largo y sangriento, y el que venía prometía ser igual.

Para Tristan, sin embargo, la noche era el comienzo de su tarea.

Había dormido una siesta en la tarde por una razón: no quedaba mucho tiempo para dormir.

--

En el Viejo Fuerte no existía toque de queda, así que solo dependía del tiempo.

Beatris había salido a pasear por el patio hacia las dos pasadas medianoche, la noche anterior, así que un poco antes de eso Tristan se escapó de su improvisado lecho y entró en la cocina. Cuando ella salió acompañada de su capa negra, igual que la noche anterior, Tristan salió de las sombras y se sentó en una mesa frente a ella. Se aseguró de tener las manos planas sobre la mesa y de no portar armas visibles, para demostrar que no era una amenaza.

En cuestión de momentos se encontró con una espada desnuda ante él.

—Vuelva a su cama— ordenó sin rodeos el vigilante.

Tristan ignoró al guardia armado, y en su lugar dirigió la mirada a Beatris. Ella dudó por un instante, pero finalmente asintió.

—Está bien, sargento Chabier— dijo Beatris—. Tristan es un viejo conocido, no es una sorpresa desagradable.

El vigilante dudó, pero ella sonrió.

—Me gustaría hablar con él un momento, si no le importa— pidió Beatris—. Luego podemos seguir con nuestro paseo, ¿sí?

El soldado guardó su espada, pero sus ojos seguían duros.

—Diga la palabra si me necesita— dijo el sargento Chabier—. Ahora está protegido por la Patrulla, acosarla sería violar las reglas del santuario.

Ah, la confirmación de que Beatris había desistido de las pruebas. Tristan estaba casi seguro de ello, pero era bueno tener la certeza. El guardia se apartó lo suficiente para no escuchar, aunque no más allá de un paso. Tristan ignoró su mirada inquisitiva. Había venido aquí en busca de respuestas y las conseguiría.

—¿Aún tienes la gema? —preguntó con indiferencia.

La mandíbula de Beatriz se tensó.

—Prometo estar atenta a ti —admitió—. No voy a retractarme. ¿Qué quieres saber?

Primero algo que había tenido ganas de conocer, aunque fuera de forma marginal, por poca utilidad que tuviera esa información.

—¿Por qué Isabel Ruesta continúa participando en las pruebas? —preguntó Tristan—. La prima que quería conquistar ya está muerta.

Beatriz soltó una carcajada suave.

—Se metió en un buen lío —le explicó—. El señor Ruesta solo le permitió arriesgarse en el Dominio porque le dijo que buscaba decidir entre los hermanos Cerdan. Ella argumentó que el peligro le ayudaría a conocer su verdadera cara.

—Pero ella no quiere casarse con ninguno de ellos —pensó en voz alta la ladrona—.

Resultó ser bastante sensata, esa infanzona.

—Los desprecia —resopló Beatriz—. Incitó a los Cerdan a seguirla porque son tan terribles que no le importaría sacrificarles si eso le ayudaba a escapar.

Tristan hizo un gesto de asentimiento.

—Pero ahora está atrapada —explicó—. Su única salida era seducir al primo, pero ese ya murió. Peor aún, Augusto resultó ser poco apto, así que si se retira de las pruebas, la casarán con Remund.

Por eso había que tener mucho cuidado con las historias fingidas: a veces uno terminaba viviendo según ellas. Tristan había tenido suerte al hacerse el sordo durante un mes.

—Ella preferiría cortarse los pies antes que casarse con ese mal nacido —afirmó Beatriz con seguridad—. Tiene varias opciones mejores en Sacromonte que todavía están esperando su oportunidad.

Y la forma más sencilla de salir de ese embrollo no era demasiado difícil de imaginar.

—Entonces, debe quedarse para asegurarse de que nuestro amigo Remund tenga un accidente —murmuró Tristan—.

Hay que reconocer a la señorita Isabel por su diligencia: aún no casada, ya está tramando el divorcio. Parecía que el problema de no tener ojos ni oídos en el equipo de Angharad Tredegar no era tan insalvable después de todo. La infanzona estaría dispuesta a intercambiar información por un poco de ayuda en su camino hacia convertirse en viuda previsoramente.

Por poco empezaba a aprobar a Isabel Ruesta: ¿qué ratón no aplaudiría a una serpiente que busca devorar a los suyos?

—Cuéntame sobre Brun —preguntó.

Beatriz pareció sorprendida.

—No pensé que te importara mucho él y Ren —dijo, mordiéndose el labio—.

Se quedó pensando un rato.

—Decidió desde el principio que Tredegar era su aliado más seguro y fue tras él de manera directa —explicó Beatriz—. También estaba cortejando a Briceida, pero...

Titubeó. Tristan se inclinó hacia adelante.

—¿Pero?

—No termino de creerlo —admitió Beatriz—. Soy de la opinión de que Murk, eso sí que lo noté, y ella nunca fue tímida respecto a su opinión sobre los ratones.

¿En serio? Eso era interesante. Tristan había sospechado que aquel hombre no actuaba como un hijo de tendero, pero solo era una conjetura.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Asintió.

—Tredegar mencionó que sus padres eran mineros en las trincheras —dijo Beatriz—.

Entonces, las probabilidades parecían altas, porque ni siquiera los capataces de la Trinchera podían decir que vivían de manera opulenta.

—Es extraño —continuó la exsirvienta—. Se volvió inquieto cuando empezamos a quedarnos sin comida, incluso Lady Isabel lo notó.

Y un ratón debería estar acostumbrado a pasar hambre, terminó Tristan. Eso era inusual.

—¿Contrato? —preguntó.

“Algo que le permita sentir cuándo las personas se acercan,” Beatris encogió de hombros. “Mantuvo la ambigüedad al respecto.”

¿Un contrato de detección? No era algo que asociaría con un dios que Fortuna llamaba en voz alta, pero la diosa no pensaba como un ser humano. ‘En voz alta’ para ella podría significar algo completamente distinto. Quizá los medios de detección eran ruidosos para otros dioses, o de alguna manera llamativos. O quizás él actuaba de forma extraña porque su dios se mantenía cerca de él, ponderó Tristan. Él también actuaba de manera que parecía extraña desde la perspectiva de un observador externo, debido a las caprichosas inclinaciones de Fortuna. Brun podría ser simplemente un hábil operario sacando el máximo provecho a sus circunstancias, nada más.

El tiempo lo diría.

“Song Ren,” preguntó.

“Odió a Lady Isabel y no es muy bueno ocultándolo,” dijo Beatris. “La situación empeoró mientras viajábamos juntos.”

“Aunque ella sigue con los restos de tu antigua tripulación,” le informó Tristan. “Incluyendo a Isabel Ruesta.”

Eso sorprendió claramente a la otra Sacromontana.

“Ella tenía una buena relación con Lady Angharad,” dijo Beatris lentamente, “o al menos intentaba tenerla.”

“¿De manera íntima?”

La mujer de cabello oscuro negó con la cabeza.

“Diría que de hermanas, pero eso no es exactamente,” indicó Beatris, mordiendo su labio. “Era casi como si estuviera complaciendo a Tredegar permitiéndole tomar la iniciativa. No creo que se viera a sí misma como subordinada, como Brun sí lo estaba.”

Maryam nunca explicó por qué había decidido acompañar a los restos durante la Prueba de las Líneas. Una demostración de signos o simplemente el mapa que había memorizado la habría unido sin dudar a la compañía de Inyoni. Sin embargo, ella permaneció a su lado, igual que Song se mantenía con Angharad Tredegar. Enrolamiento especial, pensó la ladrona. Maryam había admitido que ella y Song estaban allí por la misma razón, y la forma en que actuaban lo demostraba. Decían alianzas no solo para estas pruebas, sino para lo que vendría después, la oportunidad secreta que

se ofrecería a los recomendados.

Maryam lo había escogido a él, y Song había preferido a Angharad Tredegar.

“Has llegado a alguna conclusión,” dijo Beatris, con la mirada fija en él.

“Quizá,” dudó Tristan. “No puedo asegurarlo.”

“Quizá,” susurró ella. “Pero en realidad sí lo sabes.”

El ladrón ocultó su irritación por ser descubierto. Últimamente estaba perdiendo su toque.

“¿Quién eres en realidad, Tristan?” preguntó Beatris. “No eres solo un muchacho del Manto.”

Lo afrontó con la mirada.

“Eso no mata a asesinos endurecidos en el doble de tamaño de quienes los matan en horas, y hacer que parezca un accidente, ni siquiera después de conocerlos,” afirmó.

Parecía que la audacia hacía acto de presencia, ahora que la protección de la Guardia la hacía casi inatacable. Sin embargo, jugaba con demasiada ventaja. Él no podía tocarla, y ella tampoco podía tocarlo a él. Eso sería interferir en las pruebas, y el foso tras ella también funcionaba en ambos sentidos. Entonces, en lugar de responder, se levantó, ignorando la cautela en su rostro y le tendió la mano.

“Buena suerte,” dijo, “en Sacromonte.”

Su rostro se tensó.

“¿Eso es todo?”

Se encogió de hombros.

“¿Qué más podría ser?”

Eran ratas que seguían su ley común, y con esta conversación todos sus compromisos quedaron saldados. Tristan no guardaría rencor por sus tratos, que habían sido más justos que otra cosa, pero una decisión se había tomado antes de partir del Argónimo: estaban ligados solo por un acuerdo y nada más. Ella no era Maryam, que lo había elegido y a quien él también había elegido. Beatris le miró, con la mirada buscando algo, pero lo que fuera, no lo encontró. Sus ojos se desviaron.

“Adiós, Tristan,” dijo Beatris.

Ella no le estrechó la mano y él no volvió a ofrecérsela.

--

¿Cuál era la mejor forma de no ser atrapado?

A veces, la mejor estrategia era ser atrapado por otra causa completamente distinta. Cuando las personas estaban seguras de dónde estabas y por qué estabas allí, te clasificaban en la categoría de asuntos ya resueltos. Tristan, por ejemplo, había estado fuera de noche, pero su propósito era claro: había intentado hablar con Beatris. Así, cuando regresó penosamente a su cama y cerró la cortina detrás de él, las sospechas de la Guardia quedaron disipadas. Lo habían dado por contado, entraba en la categoría de asuntos cerrados.

Eso facilitaba mucho salir en secreto una segunda vez, poco más de una hora después.

El momento era meticulosamente elegido. Como la noche anterior, una luz apareció en lo alto del pilar, sobre la fortaleza con el equipo astronómico, y una cuerda se descendió. Seis vigilantes descendieron, todos dirigiéndose directamente hacia el cuartel, y en su estela una séptima los seguía. A diferencia de los demás, ella no bajó por las escaleras de la fortaleza, sino que colocó un juego de papeles sobre una mesa y se ocupó en ajustar el telescopio. Tristan observó que miraba hacia la maquinaria en la parte superior, aquella con partes móviles doradas que imitaban el cielo, con estrellas y lunas moviéndose en círculo.

A ras de sombra, escondido en las tinieblas bajo el bastión, Tristan aguardó hasta que Fortuna regresó tras echar un vistazo. Ella volvió con aire de victoria, como si hubiera ganado una guerra en solitario, lo cual, en realidad, no era muy distinto a su actitud habitual.

“Parece someshwari,” confirmó la diosa. “Tán joven o de cuarenta y pocos.”

Tristan sonrió. Entonces, había muchas probabilidades de que, como dedujo anoche, había encontrado a la teniente Vasanti desaparecida. Durante el día no pudo discernir cuántos vigilantes había en el Antiguo Fuerte; desde lejos, sus capas negras los hacían casi indistinguibles, pero no creía que muchos estuvieran apostados allí arriba. La realidad del alimento y las necesidades básicas dictaría lo contrario: incluso un bacinilla debía vaciarse en algún momento. Ahora, debía escalar cuanto antes, pues tarde o temprano los soldados que bajaron serían relevados o volverían por sí mismos.

Salir del Antiguo Fuerte no resultaba demasiado difícil, ya que la Guardia vigilaba principalmente las entradas de las murallas. Escalar la esquina noreste del bastión con sus herramientas envueltas en una manta fue un trabajo lento, más que extenuante. Pero fue después, al estar fuera del fuerte, en uno de los ángulos ciegos de las murallas, cuando empezó la verdadera tarea. Sacó un martillo de trabajo y algunos clavos, y comenzó a martillar para hacerse camino hacia arriba. La clave era hacerlo sin hacer ruido, golpeando la uña a través de tela para silenciar el eco, aunque eso dificultaba la precisión.

Desde hacía tiempo, Tristan había superado el miedo a las alturas: en su profesión, era un peso que no podía permitirse. Sin embargo, sus nervios se aflojaron al subir por el costado del pilar. Sus botas descansaron sobre clavos uno tras otro, clavando uno encima del otro en las piedras del edificio, justo en la unión bajo el enlucido, para que la varilla de acero encajara con seguridad. Al llegar a la mitad, empezó a sacar los siguientes clavos con el pico de guerra, cada tres, temiendo quedarse sin ellos antes de terminar. Sus músculos le dolían y sus extremidades temblaban por la

tensión, pero cuando alcanzó la altura adecuada, vio que la suerte le sonreía y el trabajo que había hecho parecía haber dado resultado.

El teniente Vasanti había salido del bastión con el telescopio, dirigiéndose al depósito de suministros, lo cual dejaba un camino despejado para él.

El último trecho fue el más difícil. Era el más fácil de atravesar ahora que había subido en el pilar siguiendo la curva de la piedra hacia la entrada, donde la escalera de cuerda colgaba, pero estaba exhausto y sumamente consciente de que bastaría que alguien, con una linterna en mano, le hubiera lanzado un vistazo para que lo descubrieran. Abajo, podía distinguir a algunos guardias distribuidos a lo largo de los muros, paseando por las almenas. Ninguno parecía prestar atención y, por lo tanto, permaneció escondido en la sombra del gran pilar, protegido de la luz dorada de la máquina de éter que había en lo alto.

Cuidó de no dejar huellas, retirando cada espiga que no sustentaba, y aproximadamente una hora después de comenzar, Tristan se encontró a un pie por debajo de la abertura en el pilar, de donde colgaba la escalera de cuerda. Preso en las sombras debajo de esa fina abertura, quedó oculto desde abajo — y necesitaba mantenerse así, pues el teniente Vasanti y otro negro con capa regresaron al bastión. Estaban conversando, mirando mapas junto al telescopio, pero si la cuerda empezaba a moverse, seguro que lo advertirían. En lugar de eso, Tristan se estiró desde la espiga, se impulsó sobre la piedra y logró colarse por dentro. Notó marcas de quemaduras, como si hubieran sido blowings — se las habían provocado con un explosivo.

Y entonces logró entrar.

No había forma de saber qué era la cámara antes de que la habitara la Guardia: sus paredes y techo eran piedra desnuda, con pequeñas marcas que delataban que en algún momento objetos pesados habían sido arrastrados por el suelo. Desde entonces, había sido convertida en un puesto de avanzada que no lograba decidir qué debía ser exactamente: a un lado, algunos mantas de dormir apoyadas contra la pared izquierda; en el derecho, un estante con espadas y mosquetes; y en la parte más alejada, algún tipo de oficina. Pilas de papeles acumuladas en torno a un escritorio de madera y el pequeño armario junto a él. Solo había una silla, una amplia butaca tras el mesa, y allí se quedaron los ojos de Tristan.

Había alguien durmiendo en ella.

Era una anciana vestida con capa negra, con cabello blanco y arrugas. Ronroneaba, con la mejilla apoyada en la mesa, y dejando escapar algo de saliva en la madera. A juzgar por su aspecto someshwari y la vejez que delataba su rostro, Tristan comprobó que había estado equivocado: no era el teniente Vasanti en el bastión, porque ahora la tenía frente a él. Parecía frágil, pero sobre la pila de papeles descansaba un pistón que demostraba lo contrario.

Su ascenso fue silencioso y no la despertó al entrar en la cámara, pero aún así, sintió un nudo en el estómago: casi no había lugar para esconderse en la habitación. No podía mantenerse a la vista, seguro sería atrapado, por lo que el ladrón calmó su respiración y buscó la salida. Seguramente habría una, nadie se instalaría en ese nido de águila sin un motivo. Como pensaba, junto a las mantas de dormir, había una pequeña abertura en la pared por la cual vislumbró unas escaleras en

la tenue luz de la única lámpara del recinto. A pesar de haber revisado la habitación dos veces, no encontró ninguna señal de un paso descendente. ¿Una cámara aislada?

El tamaño de esta habitación no superaba en más de un tercio la longitud del gran pilar, a simple vista, por lo que tal vez hubiese otros grabados en el interior de la piedra. Sin embargo, lo que debía hacer era subir las escaleras; aquí no encontraría respuestas, solo corría el riesgo de ser atrapado por la Guardia.

Rodeando el suelo con las manos y las rodillas, con cuidado de no hacer ningún ruido mientras avanzaba hacia los montones de dormir y las escaleras, el ladrón mantenía un ojo atento al oficial durmiente. Un pie tras otro, hasta que estuvo a mitad de camino entre los fajos de camas, y entonces dejó de roncar. Tristan apostó a su suerte antes incluso de girar la vista, solo al darse cuenta de su error cuando vio que la teniente Vasanti no se había movido. Sus ojos seguían cerrados y ella permanecía sobre el escritorio. Maldición, había empeñado su suerte en vano. Eso era... no, lo mejor sería subir las escaleras antes de soltarla. Era demasiado peligroso aquí afuera.

Comenzó a desplazarse de nuevo, solo para detenerse al escuchar a alguien tirar de un cajón atascado. Se levantó rápidamente, pero la teniente Vasanti maldijo, agarrando la pistola sobre su escritorio y disparando justo en su pecho. Una columna de humo surgió con fuerza, y mientras se lanzaba hacia la derecha, el ladrón solo quedó un momento atónito por esa seemed like luck — solo para que la explosión de dolor que esperaba no llegara.

“¡Ovya!”, maldijo la vieja mujer. “Dioses, niña, te azotarán con una vara hasta que aprendas a cargar bien tu pistola”.

Había sido, se dio cuenta, ninguna bala acompañando a la pólvora.

Tristan soltó la suerte, preparándose para el desastre, y aún así no lo predijo: la estantería de armas cayó sobre su espalda mientras intentaba levantarse, una masa de madera y una docena de espadas desplomándose sobre él. Se escabulló, oyendo el sonido de un cajón que se forzaba a abrir, pero cuando logró ponerse de rodillas con unos pocos moretones, un frío cañón presionaba su frente.

Los ojos color verde mohoso de la teniente Vasanti eran fríos, y ella sostenía en su mano una hélice de acero.

“Muévete y muere”, dijo la anciana. “¿Entendido?”

“Entendido”, respondió Tristan.

¿Podría librarse de esto? Probablemente, volvería a recurrir a la suerte. Lo que le preocupaba era lo que sucedería después. Tenía un testigo de su presencia en el interior del pilar. No estaba, estrictamente hablando, infringiendo las reglas al estar allí. El pilar no era un lugar prohibido, como los cuarteles o la bastión. Sin embargo, era imposible haber llegado hasta allí sin infringir las normas, una falta que la teniente Wen ya había dejado claro que se castigaría con ejecución sumaria.

“Eres uno de los chavales de las pruebas, ¿verdad?”, preguntó la teniente Vasanti.

No respondió, así que ella presionó con fuerza el cañón contra su piel.

“Sí”, dijo él.

No veía una salida sin tener que matar a la guardia, lo cual no sería un acto sin consecuencias. Y ya se había disparado un tiro, seguramente nos habrán oído. Otros agentes de capa negra estarían en camino. ¿Todo ya estaba perdido? ¿Sería inútil matarla?

De cualquier forma, Tristan debía tomar su decisión pronto.

“Nombre”, exigió ella.

Titubeó, pero vio cómo su mano comenzaba a apretar el arma.

“Tristan Abrascal”, dijo él.

“Eres uno de los Prospects Crípticos”, gruñó la teniente Vasanti. “Escuché que uno de los dos murió, ¿quién eres tú?”

Parpadeó.

“No lo sé”, respondió lentamente.

Un momento pasó y él se aferró a la decisión. Solo vio una forma de sobrevivir, y aunque tal vez eso lo conducía a la muerte más tarde, siempre era mejor respirar que no hacerlo. Esperaría hasta que ella se distrajera para atacar.

“Maldita sea,” dijo la anciana con sentimiento. “Estás demasiado tranquilo. Eres el proyecto favorito de Nerei, ¿verdad?”

Él hizo una pausa.

“¿Abuela?” preguntó con incertidumbre.

“Abuela,” tradujo ella, con desdén reflejado en su rostro. “Dioses, qué asco.”

Un suspiro y la pistola se alzó.

“Levántate, muchacho,” dijo el teniente Vasanti. “Debería dispararte por colarte aquí, pero no vales la pena para una enemistad con Nerei. A mi edad hay muchas maneras de hacer que parezca un accidente.”

Tristán, desorientado por la confirmación de que no tendría que matar para salir de allí, se levantó dudoso. Lanzó una mirada preocupada hacia atrás.

“No se escucha a nadie,” le dijo la guardabosques. “Todo este entramado absorbe el ruido: los Creadores no querían que los sonidos de la maquinaria reverberaran en la caverna.”

El teniente Vasanti dio unos pasos alejándose, y se sentó en su escritorio tras apartar algunos papeles.

“¿Así que te dio curiosidad y decidiste husmear en nuestro trabajo, verdad?” comentó.

Tristán sopesó sus opciones, intentando captar la expresión en su rostro y descubrió que solo había acero, nada más.

“El laberinto no puede ser la única vía,” decidió correr el riesgo. “El pilar es mucho más antiguo, y los Antediluvianos habrían necesitado acceso a la maquinaria en el techo.”

“Hace tiempo que ningún participante de las pruebas se dio cuenta de eso,” señaló la teniente Vasanti. “Intentamos que miren hacia adelante en lugar de hacia arriba.”

“Algo no anda bien en este lugar,” susurró Tristán. “No fue construido para ser una prueba, aunque la Guardia la convirtió en una.”

La anciana lo observó con frialdad.

“Sería mejor que mantuvieras esa lengua en tu boca, muchacho.”

Ella golpeó pensativamente la culata de su pistola contra sus dedos.

“¿Qué hacer contigo ahora?”

Castigo, aunque no muriera, era algo que el ladrón no podía permitirse. Todo en su vida se desplomaría si se convertía en ejemplo, aunque solo fuera con una simple azotaina o un castigo. Ella es la clave, pensó Tristán mientras observaba a la teniente Vasanti. ¿Y qué tenía que mover ella? A simple vista, nada, pero eso nunca es verdad. ¿Qué sabía él? Vieja pero aún teniente, pensó, lo cual era inusual. Ella conocía a la Abuela, o al menos decía conocerla, y ¿no había dicho Maryam que el sello que la Abuela usaba para recomendarlo era una marca de alto rango? También había insinuado que había visto más de un año de pruebas.

La teniente Wen había mencionado que había un truco en el Viejo Fuerte, durante una de sus escalofriantes diatribas.

Las piezas encajaron.

“¿Qué tan lejos llegaste buscando la salida?” preguntó.

La teniente Vasanti se quedó inmóvil.

“Definitivamente una de las de Nerei,” dijo. “Tienes el mismo maldito olfato para los secretos.”

“¿Por eso estás aquí, verdad?” dijo. “Por la máquina etérica arriba. Apostaría a que incluso te bajaron de rango solo para que pudieras seguir asignada en el Viejo Fuerte.”

“A veces no es fácil distinguir,” dijo la anciana, “si estás excavando desde una tumba o profundizándola. ¿Quieres que te diga cuál de las dos estás haciendo, muchacho?”

“El teniente Wen mencionó que había un afilador,” dijo. “Un afilador. Esto no es un estudio de la Guardia, allí tendrías un equipo dedicado. Es tu responsabilidad.”

“Listo,” reconoció la teniente Vasanti. “Pero la astucia no me impresiona. ¿Qué importa eso?”

Tristán se enderezó, esbozando una sonrisa confiada.

“Tengo un equipo preparado para ti,” afirmó. “Un relojero, un historiador con un contrato, un usuario de Sellos e incluso ojos en el laberinto para esas cosas que la Guardia no te permitirá enviar a buscar.”

El viejo teniente se quedó inmóvil, observándolo con ojos verdes y sin parpadeo.

“¿Crees que te dejaré husmear en nuestros secretos solo porque tienes algunas herramientas para usar, muchacho?”

Su fachada de tranquilidad no vaciló. Pienso que te quedan menos de diez años de vida y aún así elegiste estar aquí, comiendo mala comida en esta isla maldita, lejos de viejos amigos. Creo que ese telescopio no es equipo de la Guardia, que tú mismo lo trajiste, y para hacer eso debiste haber estado aquí por años.

“Sí,” respondió Tristan sencillamente.

Un instante de silencio, luego la anciana rió. Colocó su pistola sobre la mesa y fue un esfuerzo no soltar un suspiro de alivio.

“No puedo dejar de notar que no te incluiste en la lista,” dijo la teniente Vasanti. “Pero está bien, Tristan Abrascal.”

Su sonrisa no era ni bonita ni amigable.

“Yo también tengo un motivo para quererte.”